

## LIBRO TERCERO

## LA VIDA SOCIAL

## CAPÍTULO PRIMERO

## LA FAMILIA REAL Y LA CORTE (1)

## I. La familia real. - II. La corte

## I.—La familia real

En 1777, es decir, á los siete años de matrimonio, había comenzado la vida conyugal entre Luis XVI y María Antonieta (2). Una mañana ésta le dijo á la señora de Campán, su camarista: «Al fin soy reina de Francia;» y al año siguiente, en 19 de diciembre, nació Madama Real, la futura duquesa de Angulema, á la que siguieron, en 22 de octubre de 1781, el Delfín, que morirá en 1789; en 27 de marzo de 1785, el duque de Normandía, el futuro Luis XVII, y en 9 de julio de 1786, una niña que sólo vivió un año. La reina había creído que la maternidad modificaría su vida, y así escribió á su madre, después del nacimiento de Madama Real: «Si antiguamente cometí faltas, fué por niñez y ligereza; pero ahora tengo la cabeza bien sentada;» y añadía: «Comprendo todos mis deberes.»

Y sin embargo, su vida no cambió. La reina agradeció al rey «su cariño» y «la confianza» que le demues-

(1) FUENTES: *Almanach royal*, anual; en lo relativo á la corte, el *Almanach de Versailles*, también anual, es más minucioso. Waroquier, *État général de la France*, París, 1789, 2 vol. Casi todas las memorias de la época indicadas en las págs. 193 y 194 dan datos sobre la familia real y la corte; véanse especialmente las de Besenval, de la Sra. de Campán, de la baronesa de Oberkirch, de Augéard, de Segur y de Montbarrey y la *Correspondance secrète inédite*, pub. por Lescure. *Comptes de Louis XVI*, pub. por Beauchamp, París, 1909. *Journal de Louis XVI*, pub. por Nicolardot, París, 1873. *Œuvres de Louis XVI*, París, 1864, 2 volúmenes. *État nominatif des pensions sur le Trésor royal*, París, 1789, 4 vol. *Livre rouge* (pub. por el «Comité des pensions de l'Assemblée Nationale»), París, 1790. *Correspondance inédite de la comtesse de Sabran et du chevalier de Boufflers*, pub. por Leouzon Le Duc, París, 1875. Dussault, *Lettres et réflexions sur la fureur du jeu*, París, 1777. Dufort de Cheverny, *Mémoires*, publicado por de Crevecoeur, París, 1886, 2 vol. *Mémoires de J. de Novoins*, pub. por de Lanza de Laborie, París, 1897, 3 vol., en el t. I. *Le comte de Fersen et la cour de France, extraits des papiers du Grand Maréchal de Suède*, pub. por Klinckowström, París, 1877-78, 2 vol.

OBRA DE CONSULTA: Las obras sobre María Antonieta indicadas en la pág. 194; D'Arnoth, *Marie-Thérèse*; Geoffroy; de la Rocheterie, ya citadas. Cherest, *La chute de l'Ancien Régime*, París, 1884-87, 3 vol. Du Bled, *La société française avant et après 1789*, París, 1892. Boiteau, *État de la France en 1789*, 2.<sup>a</sup> ed., París, 1889. Stryenski, *Le XVIII<sup>e</sup> Siècle*, París, 1901. De la Faye, *Amitiés de reine*, París, 1910.

(2) Véase anteriormente, pág. 194.

tra; pero, decía Mercy, conservaba «una idea demasiado pequeña del carácter y de las facultades morales de su esposo». Luis XVI y María Antonieta eran personas muy diferentes.

«Mis gustos, escribía un día la reina al conde de Rosemberg, no son iguales á los del rey, que sólo es aficionado á la caza y á las labores mecánicas. Ya comprenderéis que puesta al lado de una fragua no resultaría yo nada graciosa; en tal sitio, no sería yo un Vulcano y el papel de Venus podría disgustarle á él mucho más que mis aficiones, que no desapruera.»

El rey hacía vida aparte; trabajaba, á sus horas, con sus ministros, pero en este trabajo padecía de una continua perplejidad en decidirse y de una dificultad en expresarse; era, como dijo el emperador, la materia antes del *Fiat lux*. La vida cortesana le era odiosa; no era hombre de corte y «no brillaba ni por su continente ni por sus modales», según escribía el duque de Croy. Engrosaba «á ojos vistas» y los médicos se esforzaban por «contener» una gordura excesiva y peligrosa. No le gustaba ningún arte, se aburría en las diversiones de la noche y aun se daba el caso de que en las representaciones de Trianón silbaba á los actores.

En un diario apuntaba los hechos del día, dominando en él las anotaciones de la caza; así se ve que desde 1774 á 1787, se mataron 1,274 ciervos y 189,251 piezas pequeñas. Cuando escribe «Nada» quiere decir que no ha cazado. En aquel diario escribirá, el 20 de junio de 1789, día del Juramento del Juego de Pelota: «Caza del ciervo en Butard, á las nueve; cogido uno;» el 21: «Regreso de Marly á las nueve, vísperas, oraciones, audiencia de la nobleza;» y el 22: «Nada.» En las jornadas de octubre de 1789, anotará el 5, día en que los parisienses irán á buscarle á Versailles: «Tirado en la puerta de Chatillón; matado 81 piezas; interrumpido por los acontecimientos; ida y vuelta á caballo;» y el 6: «Salida para París á las doce y media del día; visita á la Casa Consistorial, cenado y acostado en las Tullerías;» y el 7: «Nada; mis tías han venido á comer.» En junio de 1791, al regreso de Varennes: «26: nada absolutamente; la misa en la galería; conferencia de los comisionados de la Asamblea;» 25: «He tomado suero de leche.» En el mes de junio, escribirá á través de la página: «Nada en todo el mes; la misa en la galería.»

El rey llevaba con regularidad las cuentas de su tesoro particular. Cada mes recibía del secretario de Estado de su Casa el dinero para sus pequeños gastos personales, ó sean 18,000 libras hasta 1778 y 36,000 en los años siguientes; y á esta cantidad añadía sus ganancias en la lotería y en el juego y otros varios ingre-

tos entre ellos los emolumentos de un cargo de «secretario del Rey» que se había reservado para sí. De aquel tesoro pagaba el gasto de los pequeños aposentos, el de «la taberna», especie de pequeño bufet que un «tabernero» explotaba aparte de los servicios de Boca, sus pérdidas en el juego, los regalos que hacía, sus compras de libros y herramientas y las propinas y gratificaciones de toda clase. Las notas de costurera, de lonjista, de vinatero son copiadas de nuevo por él ó, si lo son por su ayuda de cámara, él las corrige y anota de su puño y letra. En esas cuentas, se encuentran las cosas más insignificantes: «A Gamain, por limas y acero, 22 l. 7 s.;» «por afilar cuchillos y dos cepillos de carpintero nuevos, 2 l. 8 s.;» «por un bacalao y dos caballas, 2 l.;» por dos botellas de vino blanco, 1 l. 4 s.» A veces el rey se equivocaba en sus cálculos, omitía gastos ó los contaba dos veces. En septiembre de 1782, está desconcertado por un error:

«No sé qué error se ha colado en mi cuenta de algún tiempo á esta parte; pero el 9 de este mes he encontrado en el fondo de mi arca dinero que hace muchos años había olvidado y, por consiguiente, comienzo de nuevo el estado general en 1.<sup>o</sup> del corriente.»

La cantidad olvidada era de 42,377 libras.

Luis XVI no era, pues, el hombre que habría sido menester para adquirir autoridad sobre la reina, para inspirarle respeto y el temor de desagradarle y para preservarla de sus defectos el principal de los cuales, excusado por su juventud, eran la ligereza y la afición á los placeres frívolos. Los consejos que llegaban de Viena y que el embajador imperial repetía á María Antonieta, no podían substituir á un consejero de todos los días. En la familia real no había nadie de quien pudiese fiarse la «extranjera», nadie á quien pudiese amar. Las tías del rey, Madamas Adelaida y Victoria, sobrevivientes de la antigua corte y fuera de su centro en la nueva, eran «de pocos alcances», viejas y gruñonas. El conde de Provenza, á quien el rey tenía alejado del gobierno, dedicaba todo el tiempo á las distracciones habituales, juego, mesa, jiras en París, y tenía una clientela de hombres de talento y de mujeres galantes; esto no obstante, observaba de cerca la política y no perdonaba á la reina que hubiese dado hijos al rey; y aquel «Tartuffe», como le llamaban algunos, era capaz de grandes villanías. El hermano menor del monarca, el conde de Artois, era poco inteligente, frívolo, mal educado y camorrista, y la reina había cometido la falta de complacerse demasiado, durante algún tiempo, en su comprometedor compañía. Las condesas de Provenza y de Artois, las dos hermanas saboyanas, tenían envidia del fausto de la reina. Madama Isabel, hermana del rey y de nueve años menos que María Antonieta, no podía ayudar á ésta en nada. El duque de Orleans y su hijo el duque de Chartres eran ambos opositores, buscadores de no se sabe qué fortuna; el primero, hombre de muy mediano talento, y el segundo, muy agitado, curioso de novedades sensacionales, aeronauta, iniciado en el iluminismo, mantenedor de cancioneros y libelistas capaces de todo; era el futuro Felipe Igualdad. El príncipe de Condé, en otro tiempo cortesano de la Pompadour y de la Du Barry, era un personaje lujoso, partidario de las ideas nuevas; y su hijo, el duque de Borbón, y su nuera

Luisa de Orleans, habían sido héroe y heroína de aventuras escandalosas. El príncipe de Conti era también un opositor. En toda aquella familia, indiferente, envidiosa ó hostil, no había que esperar en encontrar un guía, un ejemplo, un afecto, y en cambio era de temer la traición.

María Antonieta se abandonó, pues, á sus «aficiones», como ella decía. Detestaba, y en esto estaba de acuerdo con el rey, la exhibición aparatosa y «le repugnaban las formas de que se rodeaba la realeza y que eran en Francia más necesarias que en parte alguna» á causa de la rápida familiaridad. Dejó á un lado á las Damas de honor cargadas de años, á la mariscal de Mouchy, «la señora Honesta», y á la mariscal de Nodiles, «señora Etiqueta», y se formó una corte especial para ella, en la que dominaron favoritas. La primera de éstas fué la princesa de Lamballe, viuda de un hijo del duque de Penthièvre (1), para tener á la cual siempre cerca de ella hizo restablecer María Antonieta en 1774 el cargo de superintendente de la casa de la reina, suprimido en 1740. Pero la superintendente tuvo una rival en la condesa de Polignac, tan bella «que no se cansaba uno de mirarla.» La reina sentía por sus amigas «algo tan intenso y tan tierno que realmente era pasión.»

Los Polignac viéronse colmados de mercedes. El conde Julio fué duque y par y la condesa aya de los hijos de Francia; además la reina les hizo dar emolumentos, pensiones y gratificaciones: cuatrocientas mil libras para pagar unas deudas y quinientas mil para casar á su hija. El suegro de la favorita fué nombrado embajador en Suiza; su cuñada, la condesa Diana, superintendente de la casa de Madama Isabel, y un Polignac, obispo poco canónico. Los Polignac costaban al tesoro setecientas mil libras anuales. La reina visitaba á menudo á sus amigas y al príncipe Rohán-Guemenee, hijo de Soubise de Rosbac. La princesa de Guemenee tenía muy mala fama y el emperador cuando vino á París quedó ofuscado por el «mal tono», el «aire de licencia» que encontró en aquella casa, «un verdadero garito», como él decía. En aquellos sitios, María Antonieta encontraba una sociedad que sólo se ocupaba de placeres: Besenval, teniente coronel de los suizos, intrigante y mala lengua; el conde de Adhemar, que cantaba bien, era buen actor de comedia y escribía versos de arte menor; el conde de Vaudreuil, de quien se decía que era el amante de la condesa de Polignac, la cual se hallaba «por encima de las preocupaciones;» el duque de Lauzún, que hacía profesión de ser un Don Juan; un irlandés, el guapo Dillón; el húngaro conde de Esterhazy, húsar quimerista y libertino; y el sueco Axel de Fersen, un guapo tenebroso á quien, según parece, amó la reina.

Los placeres consistían en conciertos, comedias, bailes, paseos alegres y juego, pues la reina jugaba en su palacio y en casa de sus amigas. Ya en tiempos de Luis XIV los más elevados personajes invitaban á las mesas de juego á gentes de mediocre reputación y esta tolerancia se había ampliado hasta el punto de que, en presencia de la soberana, se cruzaron los epítetos de

(1) El duque de Penthièvre era hijo del conde de Tolosa y, por consiguiente, nieto de Luis XIV.

